

## **“SEIS CARISMÁTICOS EN POS DEL ESPÍRITU” (1)**

Salimos muy pronto. Un poco antes de las ocho. Íbamos en un amplio “station wagon” coreano camino de nuestra semana anual de oración en Compostela. Mis cinco acompañantes habían decidido darme un homenaje llevándome a almorzar a Mondariz, mi pueblo del alma. Igual que otros años no nos detuvimos hasta Rueda donde, siguiendo la costumbre, desayunamos en el Bar Leo. Ante el gran expositor de vinos locales y de Ribera del Duero de nuevo planteamos la posibilidad de comprar unas cuantas botellas que nos aliviaran los rigores de los duros caldos del Hostal La Salle, lugar de nuestro pensionista alojamiento compostelano. Allí apareció por primera vez el Espíritu Santo respondiendo a nuestra expresa invocación al comienzo del ilusionante periplo. Rebasando la timidez de antaño, en que una considerable subida de precio, sirvió de excusa para el desistimiento, el progreso de doce meses en su espiritual caminar permitió a Manolo Romillo discernir el claro consejo del Paráclito: si comprábamos, la necesidad de consumir el vino en la misma mesa nos impediría departir con unos y otros durante la semana. Además, la exhibición de su mejor calidad podría provocar envidias en nuestros hermanos. Dicho y hecho. Sin discusión alguna se aceptó consumir el vino blanco o tinto que nos sirvieran en el hostal.

Faltaba poco para concluir la travesía “d’as portillas do Padornelo e da Canda”, divisorias de Zamora y Orense y famosas por los partes meteorológicos de

invierno. Acabábamos de cruzar A Gudinha y pronto dejaríamos, en palabras de Chus, el paraje más desolador de los varios que separan los reinos de León y Galicia.

Abandonado a las nostalgias de la infancia, ensoñábame en las distintas formas de penetrar en Galicia por carretera y el deseo de mi padre, gallego de pura cepa, de enseñármolas todas si bien la menesterosidad de los vehículos, neumáticos y caminos de entonces determinaron una muy frecuente selección de las famosas portillas de menor kilometraje cuando de acceder al sur se trataba. En estas me hallaba cuando nuestro piloto o algún otro pasajero tuvieron una repentina necesidad de detenerse. Era, pues, preciso salir de la autovía Rías Baixas. Aprovechando la primera oportunidad de giro a la derecha entramos en una especie de aparcamiento rústico. Allí no vimos ningún otro coche. Sólo había una casa de dos pisos con más apariencia de edificio privado que público. En principio no era lo que buscábamos. Íbamos a seguir pero Manolo reparó en una esquina la existencia de un cartel en banderola con dos leyendas: un Fanta en grande y un Bar Emilio debajo y más pequeño. Fue nuestra anhelada pausa para luego convertirse en transitorio motivo de desazón. Volvimos a salir y cruzamos Verín, Allariz, Ourense, Ribadavia, cuna de mis antepasados judíos, A Cañiza, Ponteares, y por fin, llegamos a Mondariz. Dimos un pequeño paseo por el parque; degustamos el agua minero-medicinal de la Fuente de Gándara; contemplamos la fachada del Gran Hotel; saludamos en su estatua al fundador del establecimiento y nos acercamos al restaurante Atalaya lugar de nuestro almuerzo. Fue allí y sólo allí cuando Rafael reparó en el extravío de su bolso de mano. La preocupación inicial

sobre el dónde había sido y la aún más alarmante acerca de su contenido fue poco a poco incrementando nuestro desconcierto. Todos queríamos ayudar aportando ideas constructivas pero la precipitación nos impedía hacerlo. Coincidimos, no obstante, en realizar una minuciosa búsqueda en el interior del coche. Resultado negativo. Rafael decidió que había sido en el bar de nuestro receso en plenas portillas orensanas. Fue capaz de describirnos incluso el lugar exacto en que había dejado su cartera en el interior del bar Emilio. En pleno afán recuperatorio no pensaba más que en tomar un taxi local, dirigirse hacia aquellos parajes siniestros y encontrarnos luego en Santiago. Las hermanas Salcedo, silenciosas, colaboradoras, estaban dispuestas a acompañarle. Se impuso pedir primero ayuda al Señor. Como siempre el Espíritu nos iluminó también esta vez.

Había que telefonar al bar de marras y averiguar sin nuestro añorado envoltorio se encontraba o no allí.

Los que habíamos venido ocupando los asientos delanteros recordábamos que el lugar se llamaba Bar Emilio, que estaba en el kilómetro ciento treinta y tantos de la autovía Rías Baixas, a poca distancia de A Gudinha y aislado de cualquier otra edificación. Eran datos suficientes para ponernos manos a la obra.

Manolo estableció contacto telefónico con su hijo mayor, experto en informática rogándole intentase localizar el teléfono del bar Emilio. Mientras los efectos de la oración habían logrado serenarnos. Margarita por su parte tras

inventariar los tesoros de Rafael fue convenciéndole poco a poco, de la posibilidad de reemplazarlos en Santiago.

Lo importante era iniciar nuestro almuerzo mientras los teléfonos y la informática seguían funcionando pues, a todas estas, el dueño de Atalaya había enchufado otro ordenador junto a nosotros y lo manipulaba con denuedo. Fruto de su esfuerzo fue la obtención del número de un Bar Emilio cuyas coordenadas más o menos coincidían con las que teníamos en mente. Pulsé su número en mi móvil. Resultó ser una casa particular que en tiempos había sido un establecimiento público. Pero el restaurador siguió y siguió en su esfuerzo y acabó dando con la tecla. Rafael pudo hablar con la dueña del genuino Bar Emilio. El bolso estaba allí la propietaria del lugar nos lo guardaría hasta nuestro regreso. Estábamos a unos cien kilómetros de la tumba de Sant Yago y las acciones del Espíritu seguían produciéndose en cadena: habíamos resistido la tentación de los vinos de marca sin una protesta; localizado la cartera de Rafael; evitado posibles discusiones e impacencias entre los carismáticos en tránsito sobre la estrategia a seguir en cada caso y casi, casi, olvidado el problema. Exentos de sinsabores reiniciamos el periplo y a media tarde llegamos al Hostal La Salle de Santiago de Compostela. Con una Eucaristía en el vecino convento barroco de las Clarisas iniciamos nuestra semana de oración limpios de pesadumbres materiales y espirituales y con la doble recarga de los sucesos del viaje y de lo acontecido durante la catarata de luz que constituyeron las recientes Jornadas Mundiales de la Juventud.

Todos nosotros, unos antes y otros después, nos insertamos en Maranatha cuando sentimos la necesidad de un “crecimiento de nuestra amistad con Cristo” lo que, desde entonces hemos experimentado en mayor medida de lo esperado. Ahora, además, Benedicto XVI, poco antes del comienzo del viaje había venido a ratificárnoslo con sus rotundas palabras pronunciadas ante dos millones de jóvenes en la solemne Misa de clausura celebrada en Cuatro Vientos el pasado día 21 de agosto. Esto fue lo que entonces dijo:

*“No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien cede a la tentación de ir «por su cuenta» o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él.*

*Tener fe es apoyarse en la fe de tus hermanos, y que tu fe sirva igualmente de apoyo para la de otros.*

*Para el crecimiento de vuestra amistad con Cristo es fundamental reconocer la importancia de vuestra gozosa inserción en las parroquias, comunidades y movimientos.*

*De esta amistad con Jesús nacerá también el impulso que lleva a dar testimonio de la fe en los más diversos ambientes, incluso allí donde hay rechazo o indiferencia. No se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe”.*

Lo que vivimos en Santiago durante la semana de oración nos encauzó para conllevar con paciente generosidad el último de nuestros contratiempos: una indisposición de Rafael durante la postrera noche de estancia en la Ciudad del Apóstol. Hubo de trasladarse en ambulancia a una clínica local. Nosotros quedamos en espera del resultado de su analítica.

A media mañana del día de la partida lo supimos. Podía regresar con nosotros pero no se sintió con fuerzas. Volvería con Margarita en avión un día después. Nos encaminamos hacia el bar Emilio. Recuperamos su bolso. Tomamos una breve colación en un ahora animado local donde departían varios trabajadores.

Al día siguiente durante la habitual reunión de Maranatha, ya en Madrid, una inolvidable enseñanza de Sergio Donoso sobre el amor al prójimo nos evidenció una vez más, la unidad de esa sana doctrina de la que nos habló Lucía días antes y cuyos principios básicos son iguales en todo el universo bien se escuchen en Compostela, Madrid, El Padornelo o al otro lado de los Andes en Santiago de Chile pues dimanaban de un Espíritu puro y omnipresente.

Gloria del Señor.

Madrid, 5 de septiembre de 2011

Fernando Escardó

(1) Copia del original colgado de la página Web de Maranatha, grupo de Oración de la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.